

y acudieron con chuzos, picas y todo género de armas en socorro de los de la ciudad. Todo era confusión, espanto, gritería, ruido de armas, mortandad y estrago en Barcelona. En tal estado las tropas aliadas, y al frente de ellas el archiduque, tuvieron por conveniente entrar, sin esperar la formalidad de la evacuación. Ya casi estaban apoderados de todo los paisanos; soldados y naturales se saludaban llamándose camaradas, proclamando todos; «¡Viva la casa de Austria! ¡Viva Carlos III!» Sabiendo los consellers que el virey Velasco se hallaba en el monasterio de San Pedro, discurrieron que el mejor medio de salvarle la vida era encomendar su persona al general conde de Peterborough, y así se lo suplicaron, y él aceptó gustoso la noble misión, conduciendo al Velasco á su lado con la correspondiente escolta á una casa de campo á tiro de cañón de la plaza, y desde allí le hizo conducir á los bageles, junto con los principales cabos de la guarnición y algunos nobles de la ciudad. Desde el 14 hasta el 20 de octubre fueron entrando en la plaza las tropas de los aliados, y el 5 de noviembre se verificó la entrada pública del archiduque con todos los honores de la Magestad, siendo solemnemente jurado como rey de España y conde de Barcelona por todas las corporaciones y en medio de los mayores regocijos. Así el don Francisco de Velasco, que nueve años antes (en 1697) había sido causa de que Barcelona se rindiera á los franceses mandados por el duque de

Vendôme, lo fué también en 1705 de que aquella insigne ciudad pasara al dominio del príncipe austriaco, perdiéndola dos veces para los reyes legítimos de Castilla (1).

Decían bien los que propalaban que casi toda Cataluña obedecía ya á Carlos de Austria. Antes que los aliados ocuparan la capital, el llano de Urgel había reconocido al archiduque: solo Cervera hizo alguna resistencia. Dos hermanos labradores que habían servido en las pasadas guerras tumultuaron el campo de Tarragona, el Panadés y la ribera del Ebro. Cundió la insurrección al Vallés, al Ampurdán, á todas partes, si se exceptúa á Rosas, de tal manera, que como dice un escritor, testigo ocular, «en menos tiempo del que sería menester para andar el Principado un hombre desembarazado y bien montado, le tuvo Carlos reducido á su obediencia (2).» Faltaba Lérida, que gobernaba don Alvaro Faria de Melo, portugués al servicio de España; el cual hallándose sin provisiones las pidió al obispo de la ciudad don fray Francisco de Solís. Negóselas el prelado; y entonces acudió el Faria al virey interino de Aragón y arzobispo de Zara-

(1) *Verídica relacion diaria de lo sucedido en el ataque y defensa de Barcelona en este año 1705.* En esta relacion, impresa en el mismo año, é inserta en los tomos de Varios del señor Bofarull, se da una noticia circunstanciada de todo lo que dia por dia iba ocurriendo desde que se avisó la escuadra de los aliados hasta

la entrada solemne del archiduque.—Feliú, *Anales de Cataluña*, lib. XXIII. cap. 4 y 2.—Belandó, *Historia civil de España*, tom. I., c. 39.—San Felipe, *Comentarios*, ad. ann.—Macanáz, *Memorias manus*, c. 33.—El conde de Robres, *Historia de las guerras civiles*, ined. c. 5.

(2) El conde de Robres.

goza don Antonio de la Riva Herrera; mas el corto socorro que éste acordó enviarle llegó con tanta lentitud, que ya el gobernador, estrechado por los enemigos, desamparado por los soldados faltos de pan y de pagas, habia tenido que rendir la ciudad, y refugiándose á la ciudadela con su muger y un solo criado. Allí se mantuvieron los tres solos por espacio de ocho dias, manejando ellos la artillería, y corriendo de noche los tres llamando á los centinelas para hacer creer que habia mas gente; hasta que consiguió una honrosa capitulacion, quedándose absortos y como abochornados los enemigos cuando entraron en la ciudadela, y se encontraron con aquellas tres solas personas, tan maltratados y estropeados sus cuerpos como sus vestidos. Los rebeldes saquearon el palacio episcopal, expiando asi el prelado su accion de no haber querido socorrer á los leales (1).

Tambien á Aragon se estendió el contagio, y no fué el conde de Cifuentes quien menos predispuso los ánimos de aquellos naturales á la sublevacion. Ayudó á ello la libertad con que los sediciosos catalanes corrian las fronteras de aquel reino; y un fraile cata-

(1) Cuenta el conde de Robres que en Lérida se habia refugiado un hermano suyo, que con harto peligro habia podido escapar de las garras de los rebeldes, dando una cuchillada á un paisano que le tenia asido ya el caballo de la brida; que fué de los que opinaron por la defensa de la ciudad, pero que alborotados dentro los gremios, pidieron la salida de todos los refugiados, y en su virtud tuvo que acogerse al reino de Aragon. El conde de Robres y don Melchor de Macanáz difieren algo en la relacion de algunas circunstancias de la singular defensa del gobernador de Lérida.

lan, carmelita descalzo, hermano del conde de Centellas, fué el que acabó de escitar á la rebelion la villa de Alcañiz. Siguieron su ejemplo Caspe, Monroy, Calaceite y otras poblaciones. Alarmados algunos nobles aragoneses, levantaron compañías á su costa para sostener la causa de la lealtad. Doscientos hombres reunió por su cuenta el conde de Atarés, cincuenta caballos el marqués de Cherta, veinte y cinco don Manuel del Rey, y la ciudad de Zaragoza levantó ocho compañías de á pie y ciento sesenta hombres montados. El rey don Felipe nombró capitan general de Aragon al conde de San Esteban de Gormaz; envió en posta al príncipe de Tilly; ordenó que fuese el ministro Orri para la pronta provision de víveres; mandó que acudiera desde Valencia don José de Salazar con las guardias reales, y dispuso que pasáran á Aragon los tres regimientos formados en Navarra. El príncipe de Tilly recobró fácilmente á Alcañiz, huyendo los sediciosos á Cataluña, y sujetó otros varios lugares, si bien el haber ahorcado á cincuenta rebeldes hechos prisioneros en Calanda abrió un manantial de sangre que habia de correr por muchos años en aquellas desgraciadas provincias.

Ocupó el de San Esteban las riberas del Cinca cubriendo á Barbastro. Pero rebelóse todo el condado de Rivagorza, y se levantaron los valles vecinos al Pirineo, manteniéndose solo fiel el castillo de Ainsa; y si se conservó la plaza de Jaca, debióse al auxilio

que á petición del conde de San Esteban envió oportunamente el gobernador francés de Bearne. No habia tropas para atender á tantos puntos, y con mucha dificultad pudo el de San Esteban disputar é impedir á los sediciosos el paso del Cinca y mantener en la obediencia á Barbastro, y no alcanzó á estorbarles que se apoderáran de Monzon y su castillo (octubre, 1705). En Fraga tuvieron que capitular con los rebeldes dos regimientos de Navarra que alli habia, despues de haber sido gravemente herido el conde de Ripalda su comandante. Todo era reencuentros, choques y combates diarios entre las milicias reales y los partidarios del archiduque, ganándose y perdiéndose alternativamente villas, plazas y castillos. Menester fué ya que acudiera el mismo mariscal de Tessé con las tropas de la frontera de Portugal, ya que afortunadamente lo permitia la retirada de los portugueses del sitio de Badajoz. Mas al llegar estas tropas á Zaragoza, negáronles el paso los zaragozanos alegando ser contra fuero, y hubo necesidad de acceder á que pasáran por fuera, á que pagáran el pontazgo, á que las armas, municiones y víveres satisficieran los derechos de aduanas, á señalarles alojamientos con simple cubierto, y ni pagando al contado les facilitaban el trigo, la cebada y otros mantenimientos, á pesar de tenerlos en abundancia; con lo cual se vió sobradamente el mal espíritu que dominaba en la capital de Aragon.

Fomentábanle el conde de Sástago y el marqués de Coscojuela. El capitan general conde de San Esteban que habia cogido la correspondencia de estos dos magnates con el conde de Cifuentes y otros del partido austriaco, quiso cortar el mal de raiz, y no pudiendo prenderlos por ser contra fuero, y puesto que la traicion era notoria y las cartas la hacian patente, pidió permiso al rey para darles garrote una noche y mostrarlos al pueblo por la mañana. Felipe lo consultó con el Consejo de Aragon, y éste se opuso, diciendo que, sobre estar el conde engañado, aun cuando fuese cierta la infidelidad todo se perderia si se ejecutaba aquel castigo. Entonces pidió el conde que se los sacára del reino, con cualquier pretesto que fuese. Tambien á esto se opuso el Consejo de Aragon á quien consultó el rey, y aquellos dos hombres hubieron de quedar en libertad, por no contravenir á los fueros, dejando con esto el reino y la capital expuestos á todos los peligros que el conde habia previsto; costándole ya no poco trabajo, y no pocos esfuerzos de eficacia y de prudencia conseguir que se franquearan los graneros á los proveedores de las tropas, y que se diera paso por algunas poblaciones á los regimientos (1).

(1) Belando, Historia civil de España, tom. 1. c. 40 á 42.—San Felipe, Comentarios.—Macanáz, Memorias manusc. c. 33.—Conde de Robres, Historia de las guerras civiles, MS.

«Por este tiempo, dice don Melchor de Macanáz en sus Memorias, me honró el rey con el título de su secretario, mandándome que asistiese al conde de San Esteban en su vireinato de Aragon, como lo

No tardaron en sentirse los desastrosos efectos de la funesta influencia de aquellos dos hombres en Zaragoza. Las órdenes y pragmáticas del rey no eran cumplidas: ellos hacían que la población se opusiera á todo so pretexto de infracción de fueros, bien que fuesen de los que estaban espresamente derogados por los anteriores monarcas sin reclamación del reino: además de negar á las tropas alojamientos, raciones y bagages, obstinábanse en no permitirles la entrada en la ciudad. Pero el virey las necesitaba, y el día de los Inocentes (diciembre, 1705) entró un batallón de los de Tessé con mucho silencio, y con orden del mariscal para que nada dijese ni hiciesen, aunque oyeran gritar: *¡Viva Carlos III!* De allí á poco entró otro batallón por la puerta del Portillo, y apenas habían entrado las dos primeras compañías, el pueblo á la voz de: *¡Mueran los gabachos y vivan los fueros!* cerró la puerta, dejando cortado el batallón, y cargando sobre las dos compañías, oficiales y soldados fueron degollados, rotas las banderas y destruidos los tambores. Montó el virey á caballo, y por todas las calles le gritaban las turbas: *¡Viva nuestro virey! ¡guárdense los fueros y no quede francés á vida!* El conde logró sosegar el tumulto; pero aque-

hice, habiéndole debido especial confianza que correspondió al inmenso trabajo que allí tuve.— Por consecuencia la autoridad de Macanáz es de un gran peso en todo lo que se refiere á los sucesos de aquel reino. Su hermano don Luis Antonio Macanáz era ayudante del capitán general.

lla noche intentaron asesinar al mariscal de Tessé y á los oficiales que con él estaban: don Melchor de Macanáz los sacó de la casa disfrazados, y los llevó á la del virey, de donde los trasladó al campo y á la Aljafería. Se llamaron las tropas del contorno, y se envió por la artillería para castigar el insulto. Mas antes de ejecutarse, la ciudad reclamó el privilegio *de la Veintena* (1), con el cual ella castigaría en un día á los principales cómplices, sin exponer á los inocentes ni á que se tumultuase todo el reino, y de ello se dió cuenta al rey Felipe, que ya había pensado salir á campaña, y temía que de encomendar el castigo á las tropas se yaliera el reino de aquel pretexto para rebelarse todo, y se complicáran las dificultades, oído el Consejo de Aragón contestó que por aquella vez usase la ciudad del privilegio, y que en ella ponía su real confianza para el castigo de tan horrenda maldad.

Mas no solamente no logró el rey atraer con aque-

(1) El privilegio de la *Veintena* consistía en lo siguiente. Siendo en lo antiguo frecuentes los tumultos en Zaragoza, y viendo que con castigar á los perturbadores del orden por los términos ordinarios no se conseguía el escarmiento, á petición de la ciudad ordenó don Alfonso el Batallador por un privilegio dado en Fraga, que en tales tumultos congregada la ciudad con un número de consejeros que eligiese, que no pasarían de veinte, se informasen bien de los hechos, y sin salir de la Junta, ni mas forma de proceso ni de juicio, hiciesen castigar á los autores de la sedición. Esto se practicó algunas veces, armando la ciudad á las personas nobles y de confianza, sacando un estandarte, y haciendo un alarde general se retiraban: y haciendo venir al ejecutor, se buscaba al reo ó reos donde quiera que estuviesen, aunque fuese lugar sagrado, y sin reparar en fueros ni otras formalidades, los hacían ahorcar del primer balcon, reja ó árbol que hubiese, y en esta forma procedían hasta estar satisfecha la vindicta pública.—Fueros del reino de Aragón.—Macanáz, Memorias, c. 34.

lla consideracion y aquella generosidad á los zaragozanos, sino que al propio tiempo se rebelaron contra su persona y autoridad los de Daroca, los de Huesca, los de Ternel y los de todas aquellas comarcas, deramando la sangre de los soldados. La ciudad de Zaragoza fué de dificultad en dificultad difiriendo el castigo de los delincuentes, y harto daba á entender que no tenia intencion de ejecutarle. El rey por su parte se propuso no dar motivo, ni aun pretesto de queja á los zaragozanos, á fin de que no le embarazasen su jornada, y mandó que no se hablára mas de ello. Antes bien dió orden al mariscal de Tessé para que pasase con sus tropas á las fronteras de Cataluña, y al virey le ordenó que pagára á los aragoneses los bagajes y todos los gastos que las tropas hubieran hecho y daños que hubieran causado (30 de diciembre, 1705). Todo se ejecutó puntualmente; pero nada bastó á mejorar el espíritu de aquellos naturales. Ellos, so pretesto de destinarlos á la defensa del rey, hicieron fabricar multitud de cuchillos de dos córtes y largos de una tercia, con sus mangos de madera correspondientes: ellos sobornaron á los fabricantes de unas barcas que el virey habia mandado construir para formar un puente; y el rey quiso que se disimulára todo para que no se inquietasen, con objeto de no tener ese embarazo mas para el viage de campaña que tenia premeditado y estaba ya muy próximo.

La rebelion de los tres reinos habia sido escanda-

losa; grandes los excesos, robos y rapiñas á que los sediciosos se entregaban; y asi fué tambien cruel el principio de la guerra, luego que comenzaron á poder operar las tropas con los refuerzos que fueron de Castilla á la entrada del año 1706. El conde de las Torres, destinado á atajar la revolucion de Valencia, tomó á fuerza de armas la villa y castillo de Monroy, y los saqueó. Entró sin resistencia en Morella, y dejando allí una pequeña guarnicion, pasó á San Mateo, de cuya empresa tuvo que desistir por las copiosas lluvias y por la falta de artillería. Continuando su marcha hácia Valencia, acometió á Villareal, donde los rebeldes le hicieron tan obstinada resistencia, que despues de haberle costado mucha sangre penetrar en la villa, halló de tal manera fortificadas las casas, que tenia que ir las conquistando una por una, hasta que irritado de tanta pertinacia mandó aplicar fuego á la villa por los cuatro costados, y en medio de las horrosas llamas que la reducian á pavesas, sus soldados saqueaban y acuchillaban sin piedad, sin reconocer ni perdonar edad ni sexo, salvándose solo los que se refugiaron á las iglesias, y las monjas dominicas, que fueron sacadas á las grupas de los caballos de los dragones. Con este escarmiento, Nules y otras villas se sometieron sin violencia: el conde corrió luego las riberas del Júcar, recobró á Cullera, y sentó sus reales en Moncada, una legua de la capital. Y al propio tiempo don Antonio del Valle por la parte de Chiva

con las milicias de Castilla que se le habian reunido, incendiaba á Cuarte y á Paterna é incorporados luego los dos gefes á las inmediaciones de Valencia, derrotaron y escarmentaron varios destacamentos que contra ellos hicieron salir de aquella ciudad los rebeldes Basset y Nebot. El duque de Arcos, virey de Valencia, hombre que ni entendia de cosas de guerra ni para ellas habia nacido, fué llamado por el rey á Madrid á ocupar una plaza en el consejo de Estado, para lo cual era mas á propósito por su instruccion y talento, y fué en él uno de los mas calificados votos, quedando por general de las tropas de Valencia el conde de las Torres.

Alicante, que se mantenia fiel, y habia resistido ya á una tentativa que sobre ella hizo el valenciano Francisco de Avila, natural de Gandía, con la gente de alpargata que acaudillaba, fué luego bloqueada por los rebeldes de Játiva, Orihuela, Elche y sus vecindades, con cinco piezas de artillería; pero acudiendo en su auxilio las milicias leales de Murcia, llevando por su general al obispo, quitaron á los bloqueadores la artillería y cuanto llevaban, y pasaron ellos mismos á sitiar á Onteniente.

Valencia, teatro de las tiranías, y de la avaricia y ambicion de Basset y de Nebot, se hallaba en tan miserable estado, que tuvo por conveniente el general inglés conde de Peterborough trasladarse allá con un cuerpo de miqueletes catalanes y de tropas inglesas

á poner orden y concierto en la ciudad. Como saliesen á recibirle armados los frailes de diferentes comunidades y religiones, para mostrar asi mejor su entusiasmo por el nuevo rey: «*Ya he visto*, les dijo, *la iglesia militante; ahora dejad las armas, y retiraos á vuestros conventos, que por ahora no necesito de vuestra ayuda.*» Puso coto á las exacciones de los dos caudillos valencianos; trató con cariño á los adictos al rey don Felipe, que sufrían todo género de vejámenes, y especialmente á las señoras que se habian refugiado á los conventos, les permitió volver á sus casas con seguridad, y dió escolta á las que quisieron salir á buscar sus maridos.

En la frontera de Aragon y Cataluña se peleaba ya tambien con furor y crueldad, cometiéndose desmanes y excesos por los de uno y otro partido. Al abandonar los ingleses á Fraga, despues de haberla saqueado, robaron los vasos de los templos, arrojaron las sagradas formas al Cinca, é hicieron otros sacrilegios que escandalizaron á aquellos católicos habitantes. Por su parte las tropas francesas y castellanas daban al saqueo y al incendio las poblaciones rebeldes que tomaban, como lo ejecutaron, entre otras, con Calaceite, la villa mas rica de Aragon antes de la guerra, y ahorcaban á los cabos de la rebelion, como lo hicieron con dos hermanos, hijos de un notario de Caspe, que se habian resistido en Mirabete. Algunos pueblos del condado de Rivagorza volvieron á la obediencia

del legítimo rey, merced á la actividad de las tropas leales. El mariscal de Tessé habia puesto su cuartel general en Caspe, donde cuidó de tenerlo todo preparado para la jornada del rey, que se le habia de incorporar en aquella célebre villa. Y el virey de Aragón, conde de San Esteban, añadió á los importantes servicios que ya habia hecho á su monarca, el de ofrecerle todas las rentas de sus estados y de los del marqués de Villena su padre, con la artillería que tenían en varios lugares y castillos de sus señoríos (ofrecimiento que el rey agradeció mucho, y rehusó con delicadeza); el de ir conteniendo á fuerza de prudencia á los zaragozanos, y el de saber todos los planes y proyectos de los rebeldes en Cataluña y Aragón, ganando los espías y correos, por medio de los cuales se entendían y comunicaban, especialmente el conde de Cifuentes, el de Sástago y el marqués de Coscojuela, abriendo su correspondencia, copiándola y volviendo á enviársela cerrada (1).

Salió al fin el rey Felipe V. de Madrid (23 de febrero, 1706) para su jornada de campaña, dejando á la reina el gobierno de la monarquía, acompañado solo de los grandes de la servidumbre, pues no quiso que le siguieran los muchos que á ello se ofrecieron,

(1) «Yo abría las cartas, dice Macanáz, y las copiaba, y después las volvía cerradas... La cifra del conde de Cifuentes se halló también por este medio, pues él era el que más entrete-
»nia esta correspondencia, y así
»nada se ignoraba, y todo se pre-
»venía con tiempo, dando de todo
»cuenta al rey... etc.»—Memorias
»manuscritas, c. 48.

porque temió que le embarazáran, y llevando por secretario del despacho universal á don José de Grimaldo. Escusóse de pasar por Zaragoza so pretexto de tener que acelerar su marcha, si bien dejando á la diputación y ciudad dos finísimas cartas en que les decia que dejaba confiada á su lealtad la población y el reino, en prueba de lo cual iba á llevar consigo todas las tropas, incluidas las que guarnecían la Aljaferría, que dejaba encomendada á la defensa de los naturales. Admirable y discreto modo de comprometer á la fidelidad á los pundonorosos aragoneses, de quienes tanto motivo tenia para recelar, y tan poco afectos se le habian mostrado (1). Incorporóse el

(1) Hé aquí la viva y exacta pintura que hace Macanáz del espíritu y situación de Zaragoza, y aun de todo el reino:
«En cuarenta días y cuarenta noches no entré en cama, no tanto por las prevenciones que se hicieran para la jornada de S. M. y del ejército, cuanto por las continuas alarmas de los rebeldes y cuidado en haberlos de quietar por amor, y todos los medios más suaves que se pudieran alcanzar; pues era tal la desgracia, que en la audiencia, apenas habia de quién fiar, sino del fiscal don José de Rodrigo; en la iglesia, el arzobispo y muy pocos canónigos; en el tribunal del justicia de Aragón, solo don Miguel de Jaca, que es el justicia; en el del gobernador del reino, solo don Miguel Francisco Pueyo, que era el gobernador; en la nobleza, el conde de Albaterra, el de Guara, don José de Urries y Navarro, conde de Alarés, conde de Bureta, conde de San Clemente, conde de Cobatillas, marqués de Sierta, marqués de Tosos, y algunos caballeros, con el Zalmédina don Juan Gerónimo de Blancas; y de los diputados del reino, el marqués de Alcazar y el diputado de Borja. En la ciudad, casi ninguno habia bueno; el capitán de guardias don Gerónimo Anton era muy malo. De los obispos, el de Huesca y el de Albarracín eran muy malos; de las comunidades de Teruel, Calatayud y Daroca no habia que fiar; de los pueblos, solo de Caspe y Fraga habia entera confianza, y Jaca que jamás se perdió; Tarazona y Borja nos fueron fieles. Y conociéndolos á todos, y sabiendo que lo que convenia era conservarlos á costa de sufrir con paciencia sus maldades, no se omitió cosa alguna que pudiera convenir; y si Sástago ó Coscojuela no se hubiesen